

Capítulo 1

... Y llenar los balcones de geranios, de esos que desbordan por las fachadas blancas, relumbre de la cal, se derraman, chorrean en cascadas, gloria de los carmines donde la luz apoya y se detiene sólida, establecida.

Eso deseé-soñé para nosotros, atardecer nuestro, cuando ya los niños fueran grandes y nos hubiéramos quedado en el hombro con hombro de la mutua compañía, tiempo para los recuerdos y una paz como perro acostado a los pies, modestamente. Casa de aquel otro Sur, con su patio chico y las macetas, quizá un aljibe, el emparrado en el jardín de atrás con flores antiguas, vistosas, como en una pintura de Joaquín Sorolla. O en Santa María de mis abuelos con su palmera grande y el pilón donde bebían las palomas, exactamente siempre igual que lo pintó un anónimo talento en el siglo pasado. Acaso también una de aquellas casitas con la quietud encima del tejado a festones de onda, encajes de Bruselas, que tanto nos gustaban. Ah, Brujas, Bruges-la-Morte perdida en tu llanura pequeña; el aire un vapor gris, ligero. Lo recogido del paisaje, planicie de alcance corto, y la humedad subiendo, vaho desde los canales. Arquitectura de moderación, estrechez de los arcos apuntados, interior apacible un poco estático suspendido en el tiempo... una luz indirecta algo cobriza reflejada en un espejo circular, al fondo. Estoy pensando, me parece, en la familia Arnolphini; se diría que todo lo figuro con imágenes de alguna pinacoteca. Esos fueron los antiguos sueños; después, desde que vinimos aquí, te he querido ver en esta misma casa donde estoy viviendo, grande, hermosa; no me recuerda a ningún pintor sino a mí mismo: aquí llevo pintados muchos cuadros. Casa de abrigado espesor en sus muros de adobe, envigada de encina, con los aleros viniendo a apoyar en las columnas blancas, los corredores largos. El jardín rodeado de tapias como en un recato de convento, afuera el verde pastizal y los sembrados. Margarita y Hortensia de dulce mirar mugen con la suavidad de cada día su ternura de madres llamando a sus becerras, patitas torpes y movimientos rápidos, asustadizos. Atardece en el jardín donde en tu nombre dispusimos macizos de violetas bajo las araucarias grandes; la luz escapa por el corredor, verdea y se demora un poco más en el prado encendiendo los tréboles con el último rosa. Los diamelos ya perdieron la flor y los árboles crespón

empiezan con sus plumeros rojos como exóticos pájaros. Los muchachos han salido de paseo por el camino de la higuera grande, llevándose con ellos a los mellizos para darles alguna distracción, todavía los ánimos están un poco alterados. Elsa porque le duele un tobillo y Marianita que aún no puede seguir a los mayores se sentaron a mirar los caballos junto a la cerca.

Y yo me quedo aquí, como de costumbre pensando en Violeta, en estas calmas de la tarde. Llevo la vista a las montañas alzadas por el lado de Levante; siempre algún ventisquero guarda nieve hasta en lo más caluroso del verano. Entonces me pregunto cómo ha resultado mi vida tan distinta a lo que pude esperar por el curso seguido de las cosas. Reveo Santa María con abuela Clara, las tías Dolores y Francisca, mi madre con su languidez, mis primos... y Violeta, siempre. Estoy a muchas distancias de la tierra en que nací, miles de leguas, a la otra orilla de una realidad y el mar por medio. Violeta, que inventó esta aventura para nosotros, imaginando todos los confines, está ausente. A veces me sucede que no sé distinguir entre las cosas ciertas y las que se mueven en un país de sueños, entre lo que murió y lo que vive todavía. Mi corazón va por delante de mí: yo me estoy quieto. Pero esta noche pasada soñé, otra vez, con ella; llevaba ropa hecha de millares de briznas de paja y en la cabeza una especie de tocado alto con muchas flores. Rosas y diamelos, lirios, reinamargaritas... Subía, levantándose en el aire, emprendía viaje hacia el Norte cálido. A lo que, al remontar encima de unas nubes, los rayos del sol encendieron de luces las pajas, brillaban más que oro. Entonces yo la perdía de vista y las flores venían cayendo hasta la tierra, despacito bajaban como por un vacío.

Sí. Este viaje fue empeño de Violeta, que yo al principio no quería; me asustaba la mera idea de trasladar a todos los niños. Creo que lo decidí así, de golpe, una inspiración repentina. O quizá no; ella siempre tan pensativa de sus ideítas interiores, maquinando felicidades nuestras. Sacándolas de pronto afuera cuando llevaban tiempo preparándose: su gusto por los secretillos de meditada inocencia. Después me lo he preguntado, ¿el ataque de nervios de Pep Sarriá, nuestra estancia en Barcelona, aquella estúpida guerra-relámpago fueron acaso, pudieron ser, motivos para torcer nuestro rumbo cambiándonos la vida definitivamente? O sólo razones superpuestas, vagamente sumadas a un cúmulo de otras muchas que Violeta llevara almacenando sabe Dios cuánto tiempo. Porque ella nunca había sido

cobarde y aún aquella noche en Barcelona mientras veíamos por televisión en casa de Mireya y Pep Sarriá el Oriente Medio a punto de volar en pedazos por lo que quedara del aire y todo el Mediterráneo incendiándose con él, Violeta era de los cuatro la más tranquila. Yo disimulaba mi real preocupación y hasta en mala hora quise hacer un chiste, empecé a recitar los versos de un compañero pintor, uno de esos granadinos que hacen versos de cualquier cosa: Medio Oriente, Medio Oriente / démosle gracias a Alá / porque, afortunadamente, / no eres más que la mitad. A lo que Pep chilló que no me daba cuenta de las cosas, que me ponía del lado de los árabes por ser andaluz y, además, no me preocupaba la destrucción de nuestra cultura porque no era de verdad pintor. Me defendí. Pintor, sí, y padre de siete hijos por añadidura. Con eso se afirmaba más en su opinión; ¿qué pintor que se respetase y viviera para su arte iba a andar por el mundo produciendo a siete hijos? Que no, hombre. Que no. Y los jeques de mierda, creyéndose que por tener petróleo podían hacer todas las barbaridades que les diese la gana... porque los americanos eran unos cretinos, que si no... Violeta preguntó con suavidad: «¿y los rusos?» Él se enfurecía: «¿Qué pasa con los rusos? Ellos no tienen nada que ver.» Todo tenía que ver con todo, los países como amarrados por la misma soga, más tirante cada vez con el tiempo... Lo llevable dentro del «grupo» era criticar a los americanos... y después perder con gusto el trasero para exponer en Nueva York. Las cosas... Nunca he podido soportar verme envuelto en una discusión de política, callé esperando que a mi amigo se le pasara el ataque de nervios. «Esto me tenía que ocurrir a mí cuando estoy en el momento más importante de mi carrera, ¡me tenía que ocurrir!» Me recordó a mis tías, protagonistas por vocación de todos los sucesos; cuando se murió el señor arzobispo, no lo conocían, la tía Dolores dijo que aquellas cosas no le pasaban más que a ella, con el asombro de toda la familia y un rencor de la otra tía que no quería ser menos. Pep, igual. Aquella guerra parecía haber conflagrado nada más para estropearle a él su carrera de éxitos. «Tengo varias exposiciones programadas para los próximos cinco años. París, Milán, Nueva York... los mejores sitios. ¿Y si se lía, eh?» Me lo decía a mí, acusador, como si yo fuera el primer ministro israelí o uno de los maldecidos jeques. Violeta, al nombre de Nueva York, había levantado una ceja, sin sonreír. Yo veía su sonrisa interiormente. Aquí intervino Mireya: «Escucha, deja en paz a Rogelio. ¿Verdad que él no tiene la culpa de este lío? Pues entonces. Y él también es pintor, recuerda que en la

Escuela...» Pero Pep apartaba la Escuela con un gesto airado de la mano, la borraba. Bah, la Escuela... sí, que yo había conseguido las mejores calificaciones, el caso típico de los que después nunca llegan a ninguna parte. Pintura académica, cualquiera era capaz... «Yo me he pasado años tratando de olvidar lo que nos enseñaron en aquel maldito tugurio, no me hables...» Miraya revolvió en una caja llena de medicinas, sacaba un frasco. «Tómate dos píldoras, de las azules. Te has de tranquilizar.» Tragaba sus pastillas con un sorbo de huisqui; las dos mujeres iban a la cocina a disponer la cena. Pep se medio disculpaba, eran sus nervios, tanto trabajo, las responsabilidades, caía después en un silencio mustio mientras yo me quedaba con mis pensamientos. Sí que estaba nervioso, el pobre, quizá por la excesiva tensión de permanecer en las alturas, esa alerta continua por estar a la page, desasosiego de todas las horas. He conocido otros pintores así, algunos de mis antiguos compañeros, todos muy parecidos. Viven en departamentos como el de los Sarriá, modernos de mucho lujo, estudio incorporado con techo de doble altura, cristalerías y muebles de importación, Suecia o Italia por lo general. Salvo el piano, no saben tocar, que suele ser japonés o, quizá, ruso. Pertenecen al «grupo»; si no pertenecieran, no encontrarían crítico que escribiera sobre ellos, no tendrían el mismo marchante que los grandes... como me pasaba a mí. Violeta y yo no apreciábamos tales inquietudes. El Arte es la casa de Dios, decía Violeta, y ellos lo convierten en guarida de ladrones. Yo siempre buscaba mis caminos, dentro de mí para bien o para mal. Las luces escondidas. Pep pintaba muy decentemente, en lo obligado de la moda. Pensé que de seguro se quedaría en la gloria si una buena mañana vinieran a decirle que se acabó, que todos los críticos de este mundo se habían ido para el otro de una epidemia. Después del primer sofocón, descansaría, suprimiría al menos la mitad de las píldoras, azules, amarillas o rosadas, y quizá hasta se sacara la espina de aquella naturaleza muerta, Bodegón con Pan de Payeses, o del paisaje romántico con álamos y un río que nunca se ha atrevido a pintar porque no se diga. Y es que el «grupo» es implacable, no perdona. O perteneces, con los condicionantes, o no eres nadie. Acerca de mí mismo, me preguntaba. ¿Yo era artista, tenía temperamento? La contestación: me parece que no. Entonces, ¿por qué pintaba? Sólo porque sí, me gustaba, siempre me había gustado... era lo único que sabía hacer. Sin buscar, sin atormentamientos, sencillamente encontrando. Aquel paisaje, ese árbol visto desde aquí, las gallinas picoteando entre la hier-

ba con ese melindre tan gracioso para sus cositas de comer, una luz. No invento nada, creo yo, sino que voy aprovechando lo que veo. Todo me sirve; mi molino muele con cualquier agua. Así. Algún compañero me había dicho que no tengo mensaje; será verdad. No tengo nada que decir a la gente, no me importa la gente, por otra parte: pinto por gusto. El pintor, el escultor, el poeta, ¿tienen acaso que ser filántropos? Mis cuadros se venden, siempre se vendieron desde que estaba en San Fernando, antes de terminar la Escuela. Sin ser de ningún grupo, ni Cadaqués ni Cuenca, Sevilla o Granada... No salgo en los periódicos. No había salido nunca, cuando estuve aquella vez en Barcelona. Si acaso una reseña en un rincón perdido, página de la izquierda probablemente, numeración de los pares, la que menos se lee. Por exponer tampoco me había preocupado... Estas cosas rumiaba mientras Pep se mantenía sin hablar, fija la mirada en su vaso de huisqui y las dos señoras sacaban la comida con una de esas conversaciones entre ellas, propiamente femeninas. Y sí, mis cuadros se vendían, tenía depósitos en media docena de salas... para tratar con una galería habíamos ido a Barcelona. Salas modestas, lugares adonde de vez en cuando llegaba una persona, miraba, preguntaba precio. No gente importante de esa que compra por invertir, que la pintura es dinero y la Bolsa está incierta... No. Alguien veía un cuadro: lo quería. Vacilaba después porque no era de un pintor conocido, prometía pensarlo y volver. Generalmente, volvía y se lo llevaba.

En el taxi, de vuelta al hotel, callábamos los dos. Barcelona señora y hermosa, de día atareada, de noche discreta con un recogimiento de buena ley: siempre disfrutábamos de aquellos viajes rápidos. Ya en la habitación dije a Violeta que Pep preocupaba por lo nervioso, tantas píldoras no podían ser buenas. Violeta asentía, todo el mundo andaba desquiciado últimamente. Pero, añadió, en una cosa había tenido razón. En decir que yo no era pintor, me figuré. Majadero, dijo Violeta, tú eres cien veces más pintor que todos ellos juntos. Que alguien mantenga esa fe en uno es lo diferente de la vida, calorcito para el alma. Violeta mía. No; en lo que tenía razón, en decir que el Mediterráneo estaba hecho una porquería. Y Europa tan vieja... qué pesadez. Entonces:

–Rogelio, tráeme el Atlas.

–¿Qué Atlas?

Ah, era verdad que no estábamos en nuestra casa. Bueno, uno cualquiera, a ella le daba igual.

—Pero, amor mío, ¿tú sabes qué hora es? ¿Dónde quieres que encuentre un Atlas, así, entre prisa y prisa? Espérate hasta mañana.

—No, no puedo esperar, estoy pensando... No seas flojo ni te las des de inútil; eres perfectamente capaz de encontrarme algo.

Me volví a poner la chaqueta, bajé nueve pisos en busca de un sucedáneo de Atlas; hasta el muchacho del ascensor se había ido a dormir, los catalanes siendo de retirarse temprano. Una expedición complicada pero volví con la guía de una compañía aérea, antigua y poco limpia; tenía mapamundi. Uno de los porteros de noche me la había prestado mediante propina exagerada por lo generosa. Siempre hay quien se compadezca de los locos, a cualquier hora.

Violeta estaba bañada, con camisón y bata color de albaricoque pálido. «¿Ves cómo te resultó fácil?» dijo sonriente, Princesa de la Edad Media dando parabienes a su caballero a la vuelta de las Cruzadas. Violeta sonreía; me quedaba mirándola. Otras mujeres sonrían y no pasa nada, un agrado sin más. Pero ella... sonrisa en unas facciones con gravedad de niña seriecita, puerta abierta de repente sobre un jardín de atrás, escondido secreto.

Cuando antes de casarme llevé a Violeta a Santa María para presentarla a la familia, mis tías quisieron oponerse por principio a aquel enamoramiento. ¿Cómo? ¿La había conocido dos meses atrás y quería casarme? Debía de estar loco... a menos que la muchacha tuviera dinero. Tuve que desilusionarlas; su padre toda la vida míseramente viviendo de un sueldo, catedrático de la Universidad. Lo único que heredó, y había pertenecido a su abuelo, fue el reloj de oro con su cadena, reloj muy antiguo con cinco tapas y unas iniciales grabadas bellamente; me lo regaló a mí cuando nos casamos. Nunca había sido yo capaz de llevar nada en las muñecas y el reloj era lo único de valor que Violeta tuvo en toda su vida de soltera. La primera vez que vino a casa fue por Navidad; la había conocido en una fiesta de compañeros de la Escuela a mediados de octubre. Menuda, vestida de gris, con sus ojos grises que querían decirme «yo tengo un secreto». Así, en el primer instante. Y enseguida des-

pués: «yo tengo un secreto y si hay alguien en el mundo que pueda adivinarlo, ese alguien eres tú». Sin presumir nada, con la toda sencillez. Tenía dieciocho años, un escondido resplandor como un milagro visible sólo a los ojos con fe. Piedra de imán para atraer a ella, mujer para querer conocerla más y más durante toda la vida... y más lejos aún. La llevé a Santa María en Navidad; para fin de año la familia entera concordaba conmigo, hasta las tías se rindieron a regañadientes. Las tías que, según Ramón, son como Diógenes, aquel que andaba por ahí con un candil, buenas para buscar el fallo en las personas, no descansando hasta pillarlas en la cuesta abajo. Lo que me dijeron al despedirme: «Tiene mucha personalidad, ésta te va a llevar a ti por donde le dé a ella la gana.» Yo respondí: «Amén.»

Violeta, bella y diferente, única.

Allí, en la habitación del hotel, absorta en su guía. Me dijo:

—Rogelio, ¿tienes un compás?

Me alarmé, bueno estaba lo bueno. ¿Geometría a aquellas horas? Ah, no. No tenía compás ni cartabón ni escuadra ni...

—No importa, me lo fabricaré.

Ahí las cosas claras rápidamente: tenía cinco minutos exactos para jugar con su mapa, los que iba a emplear yo en darme una ducha. Cinco minutos y después se iba a meter en la cama, conmigo, por más señas. ¿Estábamos? Estábamos.

Por la mañana desperté con inquietud, no la encontraba, hecha un ovillo a mi lado como solía. Sentada delante de la mesa, se apoyaba en el mapa mirando con mucha concentración. Tenía un compás, especie de. Se lo había construido con uno de mis lápices, un alfiler y una hebra de hilo. Le pedí que volviera a la cama. Pero no; estaba estudiando algo de mucha importancia. Bostecé. Era muy temprano todavía.

—Así no sirve; tienes que saber los ángulos, la declinación...

—Ya sé, ya sé... no seas tan complicado, ven acá.

Pinchado un alfiler en el punto que era Madrid, había llenado el mapa de círculos, cada vez de mayor radio. La idea parecía ser averiguar cuánto de lejos podía uno marcharse sin caer en la península de Corea o en las selvas del Amazonas. Revolví en mi cartera en busca de goma de borrar, no podía devolverle al conserje su mapa completamente pintarrajeado. Le daba

igual, ella ya había elegido el sitio. Franja larga de tierra entre la Cordillera de los Andes y el océano Pacífico: república de Chile. Era una hermosura; se colocaba uno aquí, ves, en Valparaíso, o cómo se llamaba ese otro sitio... Constitución, entonces desde allí tenía uno delante las tres cuartas partes del globo, todo agua. Un infinito placer, tanta soledad y limpieza... el aire debía de ser el más puro del mundo, pasando por tanto mar. Y: estarás de acuerdo, ¿verdad? Quise tomarlo a broma, en el fondo sentía el temor de que Violeta hablara seriamente. Como hablaba, con todo empeño. Queriendo persuadirme; siempre había tenido pasión por los viajes. A lo que yo ofrecí pobremente trasladarnos al campo, mi Santa María. Se negó. La casa, ahora que faltaba abuela Clara, le daba una tristeza. Aparte de que mis tías Dolores y Francisca nos la tenían tomada, ahí vivían; no las podíamos echar. Lo determinante, que yo debía cambiar de aires, abrir el alma y la paleta a más amplios horizontes.

—Mira, Rogelio, tú eres un pintor bueno pero te estás dejando llevar por el camino de la facilidad. ¡No te cuesta!

Llevaba razón; no me costaba. Me lapidó con una frase terrible por la sobriedad:

«Tienes que reconocer que llevas cinco años pintando la misma gallina.»

En lo que exageraba. Ciertamente, había hecho dos o tres series de gallinas y pavos, aves de corral, cuadros graciosos que se vendían muy bien. Continuó: yo era antes que todo paisajista, tenía que cambiar. «No tienes más remedio que ver mundo. Mundos.» No era como si trabajara en una empresa, oficinas y cosas por ese estilo. Mientras los cuadros se fueran vendiendo tanto daba vivir en un sitio como en otro; los cheques llegarían igual. Ella siempre había tenido la ilusión de conocer lugares nuevos, hasta para los niños viajar iba a ser una riqueza. Justamente en Santiago estaban nuestros amigos Silva, muy queridos, pintores los dos. Elsa era la mejor amiga de Violeta, se dedicaba a dibujo sobre telas, serigrafías. Mujer de mucha personalidad y encanto, dispuesta sin duda a ayudarnos en todo. Gerardo, compañero mío de tantísimos años; cuando venían a Madrid se alojaban en casa. Entonces no era como si nos fuéramos a encontrar sin ningún apoyo. Intenté defenderme, trasladar así a nueve personas me parecía disparate, pero siguió insistiendo. Yo he querido a Violeta siempre de esta manera, que no he sido capaz de negarme a ningún deseo suyo. Nues-

tra familia la gobernaba ella con buen pulso, suavidad y firmeza; cuando quería algo, no flaqueaba. Con todo, vacilé. Discutí. Pedí el desayuno por teléfono, a ver si una taza de café nos aclaraba las ideas. Encima de la bandeja, peligrosamente vecino a las tostadas calientes, venía el periódico de la mañana, doblado. Lo abrí; una ojeada a los titulares de las primeras páginas me hizo perder pie. Las cosas se estaban poniendo feas de veras. Mundo loco. Parecía que íbamos a arder por los cuatro puntos cardinales en cuanto alguien se descuidara... y como de costumbre la pobre vieja Europa ahí en medio fatalmente para ser campo de batalla de los demás... ¿Y si Violeta tenía razón? Había dicho algo de un presentimiento. Siempre he sido indeciso; cualquier determinación me ha costado trabajo. Por eso, no sólo por eso, también por mi confianza en su juicio mejor, era por lo que me dejaba conducir por Violeta. Adónde dijera de ir, íbamos.

–Bueno –cedí–, si eso es lo que tú quieres, lo haremos.

–Yo lo organizaré todo, llamaré a Elsa. Tú no te tienes que ocupar de nada.

Contaba con ello, para organizar soy bastante inútil. Sólo contesté: «Está bien.» Pero me temblaba la mano al llevarme la taza a la boca.

Si te ha gustado el libro puedes adquirirlo pulsando en el enlace: <https://bibliotecaonline.es/producto/por-donde-sale-el-sol-blanca-garcia-valdecasas/>